

FEDERICO SUÁREZ, *La crisis política del antiguo régimen en España. (1800-1840)*; ed. Rialp, Madrid, 1950.

Una visión del liberalismo, como hecho histórico, como ciclo sometible ya a la crítica, nos es hoy posible por la lejanía en el tiempo y el cambio de signo ideológico; de aquí que llamen la atención — un tanto por curiosidad y otro tanto por interés — los enfoques históricos desde la barricada de enfrente. En ese «enfrente» se ha instalado por propia decisión F. Suárez; la filiación: el carlismo.

El carlismo, en tanto que «pathos», que acción, que *partida*, no sólo «muy concorde con el ciclo romántico en que aparece inserta», como dice Jover (*Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea*, Madrid, 1952), sino más bien como exacerbación de un modo de ser español. — ibérico, dirían algunos — (el hidalgo anacrónico de *Laín Entralgo*), es una manifestación étnica, fenómeno sin cuya comprensión cojea la intelección de ese contradictorio siglo XIX nuestro. Pero, en lugar de este estudio ¿qué presenta Suárez? un enfoque externo, político, que dice basado en fuentes originales, y que no agrega hechos, ni contradice los contenidos en el manual más elemental. Siente este libro — eso sí — una posición que, por lo que denota, hace pensar que el carlismo no ha perdido nada de su elemento originario y primordial: la pasión. Pero además su propósito resulta fallido. No consigue borrar la impresión de que el carlismo se asienta en estos fundamentos: a) un caso típico de Donjuhanismo (los Cien Mil Hijos de San Luis); b) una ley franca y borbónica invalidada en Cortes (*Ley Sállica*) y c) una facción como medio para asegurar la unidad espiritual de España. Arguirá Suárez que, de haber vencido, la facción hubiera impuesto esa unidad. Mas el mal lo lleva en su raíz. Sólo el diálogo entre españoles, la síntesis dialéctica, puede devolver la unidad a España. El triunfo de la facción, cualquiera que sea, siempre trae envuelto consigo el concepto antipatria, la disgregación.

La obra que tanta resonancia atribuye a las personas en los acontecimientos de 1830-33¹, carece de semblanzas suyas. Unos improprios tomados del manifiesto realista de 1826, bastan para describir al Rey Don Fernando (pág. 82). El pretendiente Don Carlos tampoco sale mejor parado. Suárez dice (pág. 146) que «el Infante contestó a su propuesta que su conciencia no le permitía reconocer una Ley [la Pragmática] que no habían querido sus abuelos y que su religión no le consentía privar a sus hijos de sus derechos», torva manera de encarar los intereses del Estado.

El sangriento antagonismo de cristinos y carlistas cierra en opinión de Suárez Verdaguer el ciclo del Antiguo Régimen. Antiguo Régimen es una

¹ Tratados in extenso por este autor en *SIMANCAS*, I, pág. 187 y sigs. Valladolid, 1950.

expresión frecuente en la literatura histórica reciente (Palacio Atard, López-Amo, Rodríguez Casado, Suárez) pero que no ha sufrido un análisis. A nuestro modo de entender es un concepto importado por Desdevisés du Dezert de la historiografía francesa, que no cuadra para España. En 1833, nada se da que no esté prefigurado en el reinado de Carlos III; ni el liberalismo, ni el ascenso de la burguesía, ni la amortización de los bienes de la Iglesia, etc... Y tampoco es posible situar en el reinado de este Borbón el fin del *Ancien Régime*. Equivaldría a ignorar el sentido de la política de Carlos III, quien, como señala V. Rodríguez Casado (*Simancas*, I, pág. 123 y sigs., Valladolid, 1950), lleva de la mano a la burguesía en su incorporación al estado y evita así una revolución al estilo de 1789, motivo de la brusca ruptura con las instituciones de *Ancien Régime*.

Coincidimos con Suárez en que se ha ganado en perspectiva para no tener que acercarnos ya a la historia del siglo XIX con las habituales antiparras. «Es preciso ganar para la Historia escrita una centuria que mi Generación no conoció», dice Jover. Es preciso surcar de arriba abajo la historia decimonónica de esquemas, de periodizaciones, extraídas de los procesos sociales económicos, culturales y políticos, que nos hagan olvidar la sucesión de Ministerios. Tras esta tarea, más fácil será jalonar la marcha del siglo XIX; será posible su concepción. Tampoco a esto ha contribuido la obra de F. Suárez.

NICOLÁS SÁNCHEZ-ALBORNOZ.